

# LA MUJER BARBUDA

Suplemento Cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 39. 2 de Marzo de 1985.

El último suceso de nuestro jefe de redacción

## Otra vez se me ha vuelto a aparecer el poeta G.A.C.

AMADOR PALACIOS

Desde hace año y medio no había vuelto a venir. Ahora lo ha hecho oportunamente, coincidiendo con la celebración del Carnaval, fundiéndose, así, en el juego supremo de la simulación, esencialmente afín a la fiesta.

Estaba sentado unas gradas más abajo que yo, en el recinto bullicioso de una plaza de toros

con aire de anfiteatro romano, donde, entre un público asombrado, aplaudíamos un ruidoso desfile de comparsas. A pesar del ambiente, puramente festivo en apariencia, nos rodeaba a todos una tensión inaprehensible, subrepticia, sutil. El motivo era, ahora lo medito, la constante, aun disimulada, referencia de la

muerte, referencia que se iba acrecentando a medida que los minutos se superponían en aquel desarrollo espectacular.

G.A.C. vestía, como la vez anterior, un traje gris a cuadros, aunque esta vez no tan llamativo, y había adelgazado considerablemente; donde más se notaba esta delgadez era en su rostro, exageradamente enjuto; su mirada, como corresponde a un muerto con casi cuatro años de experiencia, era serena y tal reposo lo asumió benefactoramente mi estado de ánimo de aquel momento.

Yo deseaba conversar animosamente con él, hablarle de sus fragmentos póstumos, debatir mi reciente volumen "G.A.C., su continente y su contenido", pero G.A.C., aun siendo cordial, afable y respetuoso, mantenía hacia mí cierta distancia y parecía interesarle poco mi entusiasmo por su venida, las muestras de mi admiración hacia su persona y obra y el curso lento de su creciente y afianzada bibliografía. Ahora pienso que la pretensión de G.A.C. al abandonar efímeramente sus trasmundos era la de hacerse pasar por un vivo anónimo y mantener conversaciones intrascendentes con sencillos desconocidos, cosa que conmigo no podía conseguir. De todos modos, no quería herir mi actitud de ilusión por habérmelo encontrado y sus respuestas eran amables como suaves las excusas que interponía en la inquietud de mis preguntas.

Seguimos asistiendo al espectáculo que, entre armónico y desarmónico, transcurría en el redondel, fumando cigarrillos y dispersando, cada vez más, una conversación que no iba a parar a ninguna conclusión sustanciosa.

Estuve a punto, en algún instante, de despedirme de él y subirme a la grada donde al principio estaba sentado. Su educación me lo impidió.

La fiesta carnavalesca, por otra parte, iba adquiriendo algo así como inconscientes pinceladas trágicas. Intercambié miradas con más caras hieráticas que me produjeron principios de terror. Toda la simulación del espectáculo era monotemática (la muerte) y todo él era ya un simulacro funeral. Sonaba una música de instrumentos de viento, consustancial a un ceremonioso cortejo fúnebre y me pareció que los cadáveres utilizados en esa lúbrica y ebria teatralidad eran auténticos, los verdaderos fallecidos de ese día.

Había pasado ya un semi-incómodo tiempo de silencio en nuestra deshilvanada conversación, cuando comencé a inquirir a G.A.C. sobre su condición de aparecido. Me dijo —ya parecía menos tenso conmigo, por fin algo más explícito— que había venido de visita en cuerpo y alma. Toca, toca, me dijo, señalando su brazo, soy real, tengo ahora mismo músculos y vísceras. ¿Y si yo ahora sacara un arma de mi bolsillo, pregunté, y apuntase directamente a tu corazón? No, hijo, respondió, ¿cómo vas a matar a un muerto? Soy, en esta situación, cómplice de un extraño azar que ni tú, ni yo incluso, comprendemos, el cual impide que suceda nada que altere mi estado; tengo salidas que sólo un muerto tiene, resortes que puedo accionar e, incomprensibles para tí, escaramuzas de las que me puedo valer automáticamente.

¿Dónde moras?, volví a inquirir, ¿cerca, lejos? Ni cerca ni

lejos, no es cuestión de distancias, sólo se trata de sutiles barreras que tú aún no puedes franquear y yo sí, aunque no siempre. Ahora que estás muerto, ¿se te ha aclarado, insistía yo con avidez, la confusa idea que los vivos tenemos de Dios? Mira, hijo, el hecho de ser un difunto no significa que mis conocimientos hayan mejorado, sólo me beneficio de la buena perspectiva, la saludable forma de estudiar las cosas que me da el cambio de dimensión. Te voy a hacer una íntima confesión: los que nos encontramos en el estado que yo me encuentro no nos comunicamos entre sí, ni siquiera nos conocemos, aunque nos intuimos; pero creo que, por lo menos yo, estamos muy a gusto así, porque la comunicación es para los vivos, no para los muertos. Lo que ocurre es que, como pasaba antes de nuestro deceso, sentimos fuertes añoranzas y, si el destino lo permite, nos damos una vuelta por aquí para ver que todo sigue en orden y que la cocina está recogida y que no gotean los grifos. Con respecto a Dios, sólo te puedo decir que, en este tema, soy tan ignorante como tú; personalmente asocio a Dios con la armonía de lo vivo, nada más, y nosotros, en gran parte, aunque carentes de vida biológica, también participamos, aunque sólo por un resabio inteligente, del entramado de la vida. No sé todavía con certeza qué es Dios, si es algo concreto o ubícuo, si es lo contrario de la nada o es también hacedor de ella. Sólo sé que, como el tuyo, mi estado también es provisional, aunque voy en camino, más adelantado que tú, no sé si a la perfección, pero sí a mi total definición, sin las trabas del cuerpo y de un entorno artificial, como es tu caso.

Después de esta larga respuesta de G.A.C., quise concluir: ¿De qué manera te vas a marchar ahora? Calla, hijo, calla; ni yo te lo sabría explicar ni tú lo comprenderías.

Esto último me sonó a invitación para separarme de su lado sin decir una sola palabra de despedida. Y así lo hice.

Terminé esta secuencia de mi vida arrojándome al ruedo, a jugar a la muerte, con los vivos.

